

Mensaje a los jóvenes chilenos con ocasión de la celebración de la fiesta de Pentecostés

*“...todos les oímos hablar en nuestra lengua
las maravillas de Dios” (Hch 2, 11)*





Queridas y queridos jóvenes:

Imaginamos a cada una y uno de ustedes leyendo este mensaje. En medio de sus preocupaciones cotidianas, sus penas, sus celebraciones, alegrías y esperanzas. En medio de lo que demanda lo cotidiano, les pedimos una pausa para rezar con este mensaje.

Este día a día no es sólo un escenario de fondo y mudo. Probablemente, en estos meses que se han integrado a un panorama de post cuarentenas, viven sus espacios con intensidad, desde el encuentro, el reencuentro y tal vez, los desencuentros. Se ven movilizados a llenar nuevamente espacios, tanto en sus tiempos como en lugares.

También las y los cristianos estamos viviendo el paso de tiempos pascales de la muerte y resurrección, a tiempos del Espíritu, de la renovación, la conversión, de movimiento y la misión. Por eso, como jóvenes, están invitadas e invitados a renovar, compartir su encuentro con Cristo de distintas formas -en distintas lenguas-, escuchando y compartiendo lo apasionante de vivir la Buena Noticia de Jesús en nuestra sociedad.

Estos tiempos que vivimos necesitan de ustedes y los dones específicos que con tanto amor y ternura puso Dios en ustedes. Como dones del Espíritu, las cualidades que ustedes desarrollan se transforman en la presencia de Jesucristo en el mundo. Descúbranlos y practíquenlos para compartir a su alrededor la esperanza y amor por Cristo Resucitado. Lo necesita su país, que se construye desde las demandas de quienes más lo necesitan. ***Lo necesita su entorno juvenil, para crecer en el cuidado, respeto y compromiso mutuo. Por último, lo necesita su Iglesia, en la escucha de los procesos sinodales y también en el ánimo y vigilancia de llevarlos a renovaciones concretas.***





Un ruido llenó toda la casa

Volver a habitar distintos espacios tiene un sabor tan desafiante como apasionante. Volver a estudiar con sus compañeras y compañeros, a trabajar presencialmente o a ver mucho más a quienes quieren, ha sido una oportunidad de descubrir la importancia y alegría de vernos. También nos invita a recordar el lenguaje de nuestros afectos y emociones, de la novedad de mirar y escuchar personas nuevas y a asumir el desafío de compartir juntos.

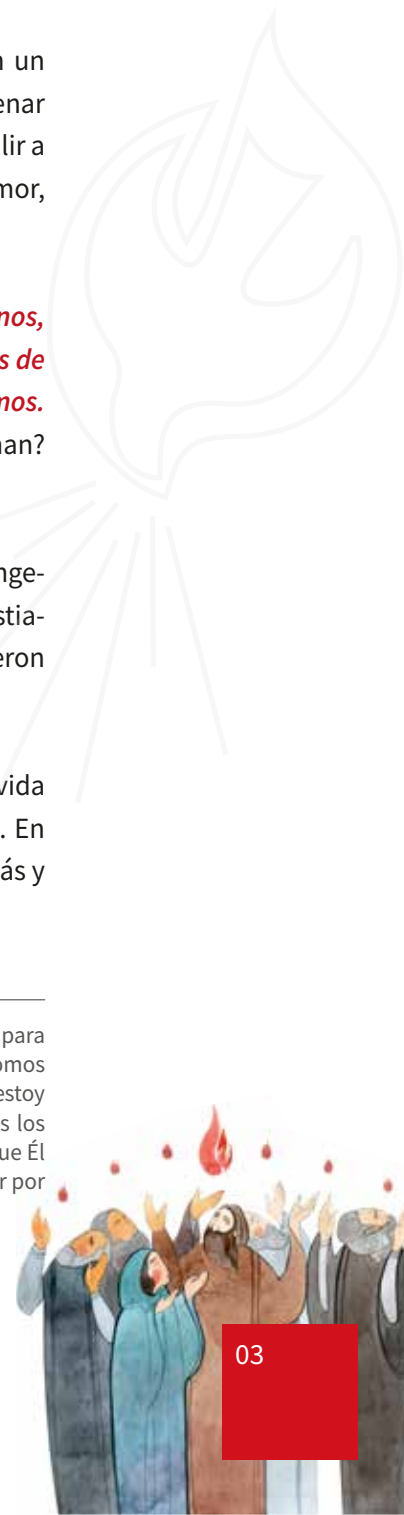
Igualmente, los apóstoles, el día de Pentecostés, se encontraban reunidos juntos, “en un mismo lugar” (v.1). Fue un ruido desde el cielo que los movilizó, desde fuera, hasta llenar toda la casa (v.2). De la comodidad del encierro, se vieron movilizados por el Espíritu a salir a hablar en el idioma de quienes estaban a su alrededor, para no guardar su alegría y amor, sino compartirlo con una diversidad de personas.

Cuando Dios quiere hacer ruido en nuestra experiencia concreta lo hace para movilizarnos, para preguntarnos si el modo en que estamos viviendo es evangélico, si nuestras formas de vivir son añejas, si nos estamos centrando demasiado en nosotras y nosotros mismos. También ustedes, en los lugares que se encuentran: ¿cuáles son los ruidos que escuchan? ¿dónde sienten el paso del Espíritu llamando a moverse y compartir sus dones?

Pero, una vez que reconocemos esos ruidos, ¿cómo podemos responder a ellos? Los Evangelistas y en el libro de Hechos se nos ha compartido que el Espíritu entrega dones a los cristianos. Por eso, el día de Pentecostés, la Iglesia recreó que quienes estaban reunidos fueron fortalecidos con distintos dones al servicio del Reino.

Esto indica un llamado específico a cada creyente, revisando nuestra propia historia de vida como hijas e hijos amados de Dios, y haciendo de nuestros sueños, nuestra *vocación*¹. En esta historia buscamos cómo nos hemos relacionado con nosotros mismos, con los demás y con Dios, descubriendo esa forma de ser particular, al servicio de otros y otras.

¹ “Esto da un valor muy grande a esas tareas, ya que dejan de ser una suma de acciones que uno realiza para ganar dinero, para estar ocupado o para complacer a otros. Todo eso constituye una vocación porque somos llamados, hay algo más que una mera elección pragmática nuestra. Es en definitiva reconocer para qué estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cuál es el proyecto del Señor para mi vida. Él no me indicará todos los lugares, los tiempos y los detalles, que yo elegiré prudentemente, pero sí hay una orientación de mi vida que Él debe indicarme porque es mi Creador, mi alfarero, y necesito escuchar su voz para dejarme moldear y llevar por Él. Entonces sí seré lo que debo ser, y seré también fiel a mi propia realidad.” (ChV 256).





Llenos de Espíritu Santo. hablaron en otras lenguas

Mediante el Espíritu, Dios ha querido regalar una gracia y carisma especial para ti. Si lo quiso en ti, es porque lo debe amar, proteger y fortalecer. Por ello, es bueno pedir a Dios que nos ayude a descubrirlo y fortalecerlo, y así colaborar en la construcción de una sociedad mejor: en sus familias, colegios, universidades, trabajos, con sus amigas y amigos, en la micro, en todas partes. Porque donde quiera que vayan, el Espíritu prometido por Jesús los acompaña (Mt 18, 29).

También, las lenguas son muchas, no sólo de países, sino de diversas culturas y sociedades, “se pusieron a hablar distintas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse” (v.4). El envío del Espíritu para que hablaran diversas lenguas fue porque Dios sabía muy bien que es importante adecuarnos a las formas de los demás, para que nadie se pierda de la alegría que Jesús nos ha traído en encuentros personales y también comunitarios. Por supuesto, esto vale tanto en aquel momento como para hoy.

En este contexto, sería pertinente hacernos la pregunta ¿cuáles son los idiomas de hoy? o ¿cuáles son los lenguajes de quienes la están pasando mal o quienes quieren comunicar una alegría? Atendiendo a estas formas, la invitación del Espíritu es a aprenderlos y transmitir esos deseos en mi propia comunidad eclesial².

Es el mismo lenguaje en Pentecostés que vuelve también un regalo del Espíritu y estamos invitados a adoptarlo. En especial, porque si no nos contagiamos de ese Espíritu que suscita idiomas para contagiar a otros y otras, nos estaremos perdiendo una parte importante del Evangelio.

Por eso, ***en este Chile que transita a un tiempo postpandémico, con necesidades de justicia, exigencias de reconocimientos en dignidad, y necesidad de paz y comunión, es necesario encontrarnos, en el lenguaje de mis hermanos y hermanas de camino ¡Quién más que ustedes los jóvenes pueden hacer posible esto y ayudar a sus comunidades a sumarse!*** La tecnología y las redes sociales, la diversidad de identidades o las nuevas expresiones artísticas pueden ser oportunidad de escucha, de compartir esperanza y de expresar a Dios. Así, podremos atender con más claridad nuestro entorno y la presencia del Espíritu en él.

² ChV 204.





Todos les oían hablar las maravillas de Dios

Precisamente en estos encuentros, y en medio de guerras, injusticias y enfermedades ¡cuánta falta nos hace escuchar buenas noticias! Por eso, les invitamos a pensar y preguntarse en cómo se sienten ustedes cuándo reciben una noticia esperanzadora y qué les gustaría recibir hoy en lo profundo de sus corazones. De esta forma, cada una y uno será movilizado a transformarse en una buena noticia para quienes comparten con ustedes.

En nuestro día a día, sigue siendo una maravilla la confianza de saber que no estamos solos, sino que hay un Dios que nos ama con todo lo que somos, nos escucha y acompaña hasta el final de los días. Entonces, ¿cuáles son las maravillas que ustedes quieren compartir para alegrar a los demás?

También es cierto que, como jóvenes, no es fácil compartir su fe en sus climas donde para nadie es un tema, y que para muchos ser católico puede ser motivo de críticas que incluso ustedes pueden compartir³. Pero para hablar las maravillas de Dios hay muchas lenguas, muchas formas, y lo hacemos desde nuestros encuentros con Cristo en la Iglesia, de formas muy concretas (en la pastoral social, en nuestros acompañamientos, en la comunidad, en las colonias, etc.)

Pentecostés es encontrarse para llevar una buena noticia, en el contexto, idioma y circunstancia de otros y otras. Las personas que “allí residían” se impresionaron preguntándose cómo podían escuchar a los apóstoles en sus propios lenguajes (v.8). Quienes seguían a Jesús tuvieron que adaptarse a las circunstancias de su entorno para compartir ese fuego del Espíritu. Tal vez hoy, esos idiomas pueden no ser sólo del idioma, sino un gesto de amistad, un abrazo, una sonrisa, una comida compartida, un mensaje de ánimo, entre tantos otros, “Porque nuestra vida en la tierra alcanza su plenitud cuando se convierte en ofrenda”⁴.

Los tiempos del Espíritu con Pentecostés nos recuerdan la diversidad de lenguajes de nuestro entorno y la pluralidad de dones que nos son entregados como comunidad. Nos animan a salir, habitando los espacios más allá de nuestros lugares de comodidad, al servicio de nuestras comunidades y sociedad. Sólo así podemos compartir las “maravillas de Dios”.

³ ChV 41.

⁴ ChV 254.





“¿Qué significa esto?”

Esta pasión y revuelo de una comunidad que se animó a compartir el Evangelio en distintos idiomas fue muy impresionante para quienes vieron todo esto. Muchas veces, las maravillas de Dios se nos presentan de formas que no comprendemos en el momento hasta que le damos un tiempo de distancia. En esas ocasiones, podemos ser quienes presenciaron la situación, no los mismos apóstoles, y necesitar disponernos a oír las maravillas de Dios.

Pentecostés también es un recordatorio para tomar atención, disponer nuestra visión, oídos, mente, corazón a acoger la presencia de Dios: ya sea en ruidos, ya sea en una invitación, o en buenas noticias. Pero para buscar el significado de todo esto es preciso discernir, contemplando a Dios en el mundo, en nuestro país, en la naturaleza, en los demás, y en nuestros procesos personales y comunitarios.

Como una gran comunidad eclesial chilena, con nuestras fallas, dolores y ánimo de repararnos para ser signo de amor, cuidado y entrega, pedimos también el Espíritu para que se haga presente en nuestros procesos de discernimiento, en nuestra escucha y diálogo, y así practicarla en sinodalidad.

También somos invitados a vivir esa sinodalidad en distintos espacios comunitarios que requieren siempre de discernimiento. El Espíritu es quien motiva y acompaña los procesos sinodales, por eso recibimos la invitación de vivirlos y cuidarlos. Ese mismo Espíritu que sopla de muchas formas, que nos da una pluralidad de lenguajes y diversos dones, motiva para toda la Iglesia las distintas voces que se encuentran hasta llegar a un mismo sentir.

Esto nos muestra que no hay una forma de ser joven ni una forma de ser cristiano. Hay quienes disfrutan las artes y ahí experimentan a Dios, otros en los espacios de oración, o en la formación permanente. Otros en el servicio a los demás, a quienes están en situación de vulnerabilidad, desde los más pequeños hasta los ancianos. Otros en el compromiso público y político. Otros en la contemplación y en el cuidado de la Casa Común. Para cada uno de estos ámbitos también hay distintos estilos de ser cristianos que podemos vivir con la confianza de que es el Espíritu quien los motiva para compartirlos en comunidad, para la construcción de un mundo mejor.

⁵ ChV 224-229.



Por eso, pidamos en esta celebración de Pentecostés la gracia de recibir los dones del Espíritu que más necesitemos y en los lenguajes de los más necesitados de amor:

*Querido Padre,
envía tu Espíritu para habitar en nuestros corazones,
que sea la esperanza en ti que tome nuestro ser
y así compartirla con quienes le haga falta.
Envíanos el don de la Sabiduría,
para que te comuniquemos con precisión.
Envíanos el don del Entendimiento,
para comprender tu voluntad en nuestra historia.
Envíanos el don del Consejo,
para ser prudentes en nuestra comunicación.
Envíanos el don de la Ciencia,
para contemplar tus obras y comunicarlas con sentido.
Envíanos el don de la Piedad,
para no descansar de buscarte.
Envíanos el don de la Fortaleza,
para animarnos en los desafíos más complejos.
Y danos Temor de Dios,
para respetar tu presencia en la dignidad de cada persona.
Te lo pedimos, por tu Hijo Jesucristo,
que nos habló de tu amor eterno en lenguaje humano.
Amén.*



5 de junio, en la Solemnidad de Pentecostés
Comisión Nacional de Pastoral Juvenil

